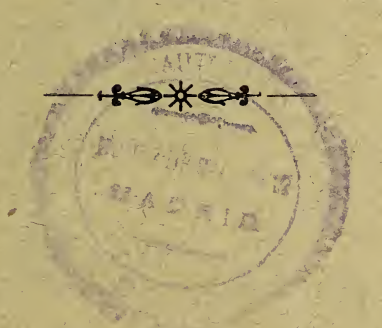
ALFONSO JORGE

No existe felicidad

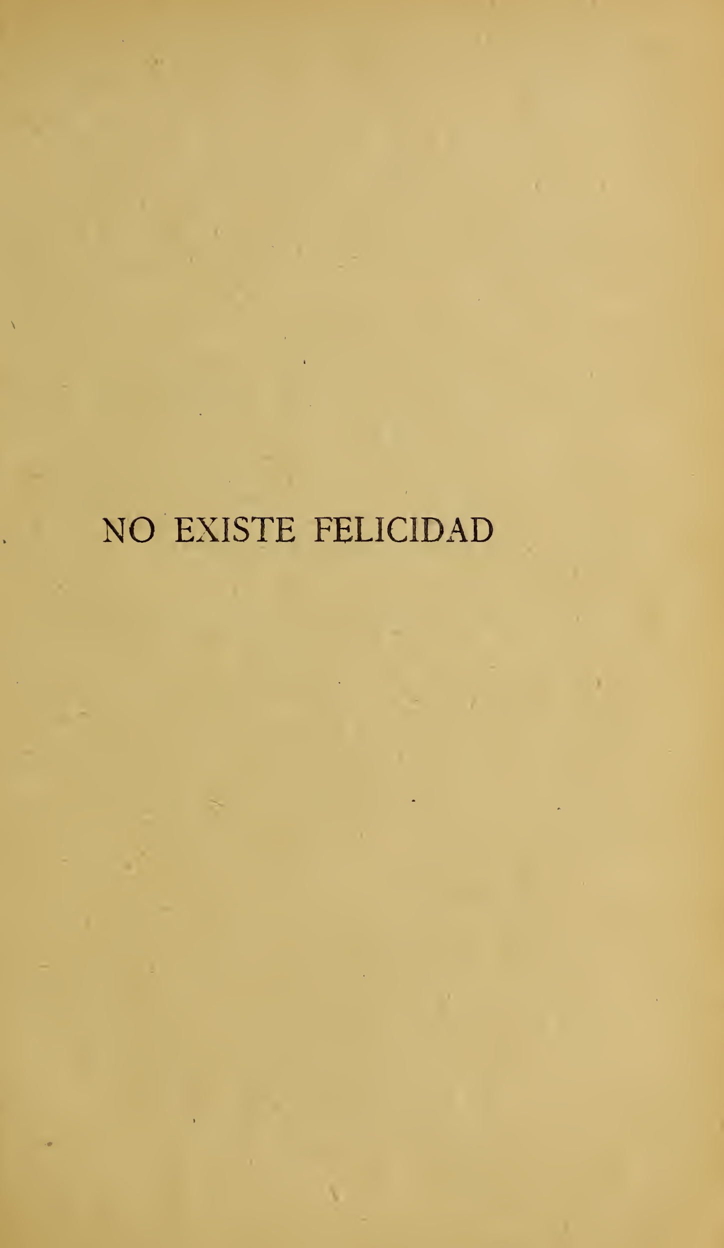
BOCETO DE COMEDIA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DOS CUADROS Y UN INTERMEDIO, EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911



NO EXISTE FELICIDAD

NO EXISTE FELICIDAD

BOCETO DE COMEDIA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DOS CUADROS Y UN INTERMEDIO, EN PROSA

ORIGINAL DE

ALFONSO JORGE

Estrenado en el COLISEO IMPERIAL el 28 de Enero de 1911



MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1911

Queridísima madre:

Aun cuando quiero demostrar en esta modestísima comedia que **No existe felicidad**, me consta que el día en que se estrenó, te consideraste completamente feliz dando un beso á tu hijo

Alfonso.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FERNANDO	Julio del Cerro.
LUCÍA	Concepción Villar.
SEÑORA DOLORES	María Santoncha.
SEÑOR MACARIO	José Isbert.
JESÚS	Luis Medina.
CLARITA	Guadalupe Muñoz.
GENOVEVA	Juana Espejo.
LEONARDO	Samuel Aguado.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

Fernando.—23 años. Viste de americana oscura, que esté decentita, pero de ninguna forma nueva.

Lucía.—26 años. Traje oscuro y muy sencillo, delantal blanco; en la cabeza ninguna peineta de piedras ú otro adorno que pueda indicar el más mínimo detalle de coquetería.

Doña Dolores.—55 años. Esta señora ha sido portera de la calle de las Tabernillas, de modo que la indumentaria queda al buen gusto de la actriz encargada del papel, suplicándola no exagere el caracterizado.

Señor Macario.—50 años. Buen madrileño; nacido y criado en los barrios bajos, su ilustración es debida á que ha visto muchas comedias desde el paraíso y anfiteatros, pues como dice en el diálogo, ha pertenecido á la clac. Quiere de verdad á la señora Dolores por haber sido íntimo amigo de su esposo, y para él, Fernando, es D. José Echegaray; viste de americana, sin abrigo ni capa, sombrero hongo y una bufanda.

Jesús.—24 años. Empleado en la Casa de la Moneda, es amigo de la niñez de Fernando, juntos fueron á la escuela de la calle del Humilladero y á la academia de la calle de los Estudios; viste americana, cuello bajo y sombrero, puede salir con capa ó pelliza.

Clarita (Condesa de Arocena).—22 años. La indumentaria á gusto de la actriz, advirtiéndola que aun cuando viene en automóvil, debe sacar sombrero, abrigo, etc., etc., todo elegantísimo.

Genoveva.—50 años. Doncella que fué de la Marquesa y que por consiguiente sabe todas las interioridades de la casa.

Leonardo.—50 años. Cochero que fué de la casa y que por conveniencias sociales se unió á Genoveva, y hoy desempeña la plaza de administrador de la Marquesa.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Sala blanca con puertas laterales y una al foro, ventana á la derecha, una cómoda con espejo y dos esterillas de retratos con varias fotografías. Una mesa camilla vestida con tapete de crochet blanco, tres ó cuatro cuadros colgados, uno con un retrato de hombre. Una percha, un sofá y sillas de paja. Sobre la cómoda un San Antonio, dos floreros con flores, una palmatoria con vela, etcétera, etc.

ESCENA PRIMERA

LUCÍA y la SEÑORA DOLORES

LUCÍA (Acabando de cepillar y planchar una americana.) ¡Ya está! ¿Verdad que enteramente parece nueva?

DOL. Lo que es por falta de plancharla y limpiarla no quedará.

LUCÍA ¡Ay, madre! ¡Si supiera usted que lo que yo querría era dejar el traje como si pareciera que lo acababan de traer de la sastrería!

DOL. No lo tienes que jurar.

LUCÍA ¡Pobre Fernando! ¡Tan bueno, tan bondadoso! Con tan buenos sentimientos y que sea tan desgraciado.

DOL. La desgracia es patrimonio de los buenos.

LUCÍA Y eso, ¿por qué será?

DOL. Qué sé yo, hija. Ni mi cabeza, ni mis luces, tienen bastante capacidad para podértelo descifrar.

LUCÍA En un acto como el de hoy, y en el cual se juega su porvenir, tener que presentarse con este traje.

DOL. Por eso no te apures. Nosotros tuvimos un inquilino, cuando teníamos la portería, que el día que estrenó su primera obra, Nicasio tu padre, que santa gloria haya, le tuvo que prestar su gabán para ir al teatro. ¿Y sabes el gabán de lo que era? Pues un arreglo que yo le había hecho á tu padre de un capote de un guardafreno que vivía en un sotabanco. Pues se fué tan conforme; el caso era abrigarse y nada más.

LUCÍA Aquellos eran otros tiempos.

DOL. Y estos también son otros. Ya ves, ahora hay autor que lleva prestado hasta... la obra que ha de estrenar... digo, eso le he oído decir á Fernando un sin fin de veces.

LUCÍA Pero ir así...

DOL. Lo que hace falta es que guste la obra.

LUCÍA (Con pasión.) ¿Que si gustará? Fernando no puede escribir nada malo.

DOL. Muchacha; cualquiera que te oyera hablar así, diría que estabas enamorada de Fernando.

LUCÍA Enamorada... no sé si lo estaré; lo que sí sé decirle á usted, madre, es que si le veo triste, su tristeza me angustia el corazón, mis ojos se llenan de lágrimas. Si le veo alegre, su alegría me infunde un bienestar en el alma y siento un temblor por todo mi cuerpo que sin yo darme cuenta comienzo á reir, y río y río sin saber por qué, pero estoy segura que si no lo hiciera, me pondría mala.

DOL. Te pasa justamente al revés de lo que á mí me pasaba con mi Nicasio, con tu padre que santa gloria haya. Si le veía entrar en casa triste, me alegraba yo, por ver si con mi

alegría podía hacerle olvidar su pena, pero si le veía venir alegre, y esto ocurría casi todos los sábados, me entraba á mí una tristeza y era porque las risas de tu padre se convertían en lágrimas para mí.

LUCÍA. Además, á mí con Fernando me sucede otra cosa que no sé á qué atribuirla. Si me habla, sus palabras me suenan en el oído como campanitas que repican á gloria, y si se pasa mucho tiempo sin dirigirme la palabra, me parece que me falta algo muy necesario para poder vivir. Quisiera estar siempre á su lado, poderle quitar todas sus penas, colmarle de alegrías, arrancar de su pensamiento esas ideas que le hacen arrugar su frente, que le trastornan su imaginación y que le hacen ponerse taciturno y sombrío. Eso es lo que á mí me ocurre con Fernando. ¿Es esto estar enamorada? Pues sí lo estoy. Pero es sin darme cuenta de ello.

DOL. Pues lo estás, Lucía, lo estás. Una cosa muy parecida me pasaba á mí con tu padre antes de ser novios, y luego resultó que nos casamos.

LUCÍA. Es que yo no podré nunca casarme con Fernando.

DOL. ¿Y por qué?

LUCÍA. (Con pena.) Porque soy muy poco para él.

DOL. ¿Tú poco?

LUCÍA. Sí, madre, poco. El es un talento; un hombre que llegará á ser un genio, y yo... yo al fin y á la postre no soy más que la hija de unos porteros.

DOL. Pero de unos porteros muy honraos. Y si no que pregunten en la calle de las Tabernillas por Nicasio Machuca y por Dolores Quintanilleja, á ver, á ver qué dicen. De tu padre nadie tuvo que decir en jamás ni tanto así, y de tu madre, ¡bueno era tu padre para que hubieran dicho de mí ni una palabra! ¡La hija de unos porteros! La hija de estos porteros es digna de ser esposa de Carlos V y hasta del cocinero de su majestad. ¿Pues y qué podría desear más Fernando que ser tu

marido? Tú, al fin y al cabo, tienes tu partida de bautismo en toda regla, y él... él sabe Dios de quién será hijo.

LUCÍA De alguna familia muy ilustre, madre, no le quepa á usted duda.

DOL. Si no lo dudo. Pero ilustre y todo lo echaron á la Inclusa. Y esto no es una ilustración muy ilustre, digo yo... Y si no hubiera sido por Dolores Quintanilleja la lavandera, y por Nicasio Machuca el estuquista, á estas horas estaría sabe Dios dónde.

LUCÍA Pero si él reconoce todo eso.

DOL. ¿Entonces por qué dice...?

LUCÍA Si él no dice nada. Soy yo la que lo digo. El la quiere á usted y la venera tanto ó más que á su propia madre, y en cuanto á mi pobre padre... no le olvida jamás.

DOL. Y si tal hiciera no tendría perdón de Dios. Y sabiendo tú eso, ¿por qué supones que no podrá nunca llegar á ser su mujer?

LUCÍA Porque así lo creo. Porque...

DOL. Porque eres una mema, ¿verdad?

LUCÍA No, madre, no soy mema. Es que me da el corazón que en cuanto Fernando se vea colocado en otra esfera, en cuanto respire otro ambiente, pensará: Esto que me rodea es muy poco para mí, mis aspiraciones son mayores. Y si eso es así, ¿cómo puede usted suponer que yo pretenda el que se una á mí que no soy más que una mujer del pueblo? El podrá encontrar en ese nuevo mundo en que empezará á vivir mujeres que le brinden honores y riquezas, por eso le digo á usted, madre, que yo nunca podré ser la mujer de Fernando, no por falta de deseos sino porque lo creo imposible.

DOL. ¡Me has dejao atontá! ¿Pero Fernando podrá preferir todo eso á nosotras? ¿Podrá olvidar...?

LUCÍA Olvidar, no. Nunca se olvida donde uno se crió, dónde se aprendieron los primeros juegos infantiles, donde derramaron las primeras lágrimas, olvidar no, no podrá; pero nos recordará como un sueño, y los sueños con

el transcurso del tiempo, si no se olvidan por lo menos se disipan.

DOL. Qué sé yo. Me llevaría un chasco muy grande si Fernando obrara así. (Suena dentro una campanilla que se supone es de la puerta de entrada.)

LUCÍA ¿Quiere usted abrir, madre, que yo no puedo dejar esto? (Va Dolores á abrir.)

ESCENA II

DICHAS y JESÚS

DOL. (Dentro.) ¡Jesús! Pase usted. Fernando no está en casa.

JESÚS (Entrando.) ¿No ha vuelto todavía del ensayo ese perdío? Pues ya es hora.

LUCÍA Se habrá entretenido con algunos amigos.

JESÚS Yo, con permiso, me voy á sentar porque vengo reventadito.

LUCÍA ¿Ha corrido usted mucho?

JESÚS Una barbaridad; pero ya están repartidos todos los billetes; y que vamos una gente... toda la casa de la moneda en peso y dispuestos á aplaudirlo todo.

DOL. ¿Usted cree que habrá ocasión?

JESÚS ¿El qué? ¿Usted ha oído hablar del *Juan José*?

DOL. Muchas veces á mi difunto Nicasio.

JESÚS Pues el exito de *Juan José* va á resultar un mito comparao con el que va á tener Fernando esta noche.

LUCÍA ¿De verdad, Jesús?

JESÚS Como que yo creo que el Jurado calificador al conceder el premio á la obra de Fernando, ha sido una de las pocas veces que los jurados han obrado con justicia. Y á propósito, Lucía, aquí le traigo á usted el suelto de *El Liberal* que me encargó le buscara. (Sacando un número de «El Liberal».)

LUCÍA ¿Lo encontró usted?

JESÚS ¡Digo! Aunque hubiera tenido que revolver Roma con Santiago.

DOL. ¿Y qué dice el suelto ese?

JESÚS Nada, oígalo usted. (Leyendo.) «La del primer premio. En el concurso celebrado por la prensa española, para premiar un boceto dramático, original en dos actos, y en prosa, obtuvo dicho honor el titulado *Abandonado por mis padres*. Dicho boceto se estrenará esta noche en el Teatro Español. Grandes deseos hay de conocer la obra premiada, pues además de los elogios tributados por el Tribunal calificador no lo son menos los que hacen de la obra todos los que la conocen. A su joven autor, don Fernando de San José, le auguramos un éxito de los que harán época en los fastos de la dramática española.» ¿Eh? Me parece que esto es algo.

LUCÍA ¿Lo ve usted madre, lo ve usted?

DOL. Lo que gozaría tu padre, mi Nicasio, que santa gloria haya, si viera todo esto.

JESÚS ¡Pues yo me alegraré mucho que tenga un éxito muy grande! Fernando se lo merece todo!

LUCÍA La Virgen Santísima lo quiera así.

JESÚS Y usted, Lucía, no sería la que menos se alegrara.

LUCÍA Sería la alegría más grande de mi vida. (Suena la campanilla.) Ahí está Fernando; le conozco en el modo de llamar. (Vase la señora Dolores á abrir; á poco entra con Fernando.)

ESCENA III

DICHOS y FERNANDO

FERN. (Un poco preocupado.) ¡Buenas tardes! ¡Hola, Jesús! (Deja el sombrero en la percha y se dirige al lado de Jesús y se sienta.)

JESÚS ¡Adiós, Fernandito!

FERN. ¿Repartiste eso?

JESÚS Y más que hubiera tenido. Y que vamos con unas intenciones... Ya te puedes preparar á salir al escenario lo menos veinte veces.

FERN. Me parece que no habrá lugar.

JESÚS ¿Que no?

LUCÍA ¿Y por qué?

FERN. ¡Porque creo que voy á un fracaso, amigo Jesús!

JESÚS ¡A un fracaso!

LUCÍA ¡Dios mío!

JESÚS ¿Entonces el Tribunal que premió tu obra... no sabía lo que premiaba?

FERN. No es lo mismo leer una comedia que verla representada. Lo que leído entretiene y hasta llega á interesar, puesto en acción resulta soporífero y sin interés. Eso es lo que le pasa á mi comedia. Yo quise escribir la vida de un desgraciado; llevarla á la escena: yo creí que todo lo que había pensado sería de un efecto teatral inmenso, y me he convencido que todo aquello que yo soñé, no interesa á nadie más que á mí, á mí solo; y con esos factores no se puede ir á un éxito. En fin, ¿qué más prueba quieres? hasta los mismos actores lo dicen.

JESÚS ¡Lo dicen los cómicos! ¡Exito seguro! Los cómicos se equivocan con mucha frecuencia y no es calambur.

FERN. Esta vez creo que están en lo cierto.

JESÚS Me parece Fernando, que lo que tú tienes es un poco miedo en el momento del combate.

FERN. No. No es miedo. Lo que tengo es conciencia de lo que he escrito y para probaros si es verdad lo que digo, hasta he tenido intenciones de retirar la obra.

JESÚS ¡Atiza! ¿Y por qué?

FERN. Porque este fracaso será un obstáculo para mi porvenir.

LUCÍA Tú siempre has sido muy desconfiado y pesimista en todas tus cosas.

FERN. La experiencia me ha enseñado á serlo.

JESÚS Dí que lo que pasa es, que los cómicos no han tomado cariño á tu comedia, que la han ensayado á media voz y tú no has podido ver los efectos dramáticos; añade á todo eso que como autor novel no has tenido bastantes energías para imponerte y que...

FERN . ¡Estás equivocado por completo, Jesús! Los actores están muy bien, hacen cuanto pueden y saben. Lo que ocurre es, y lo vuelvo á repetir, que mi drama en vez de llegar al corazón y producir melancolía lo único que va á causar va á ser hilaridad.

JESÚS Porque el público, será un idiota... A mí cuando me leiste la obra me resultó superior: como que casi me hicistes de llorar. Aquel niño abandonado por una doncella en el torno de la inclusa, para ocultar la deshonra de su señorita... aquel conde, que quiere matar á la doncella por negarse á confesarle donde está el chico; aquel matrimonio de jornaleros que en virtud de una carta sacan al niño del hospicio y esperan inútilmente que vengan por él y que por no abandonarle otra vez, le prohijan y le dan educación. Que una vez hecho hombre, entra al servicio de unos marqueses y la marquesa al conocer la historia del muchacho, se interesa por él de tal manera, que el marqués llega á sospechar si intentaran ultrajar su honor. Aquella escena cuando los sorprende creyéndolos culpables y los quiere matar y entonces la marquesa declara que aquel joven es el hijo que la robaron, que el marqués al escuchar tal revelación, quiere matar á la marquesa y para evitarlo se coloca el joven entre el marqués y su madre. Que el marqués ciego de cólera dispára sobre el hijo y este cae muerto, atravesado de un balazo en los brazos de su madre. ¡Vamos, hombre! Esto tiene que gustar á la fuerza. Podrá no gustarle á la gente de butacas, porque á esos, casi nunca les gusta nada; pero á los míos, á los de las galerías; á esos te digo Fernando que mañana van á tener que frotarse las manos de glicerina para poder trabajar; porque las van á tener hinchadas de tanto aplaudir, créeme á mí.

ESCENA IV

DICHOS y el SEÑOR MACARIO

MAC. (Este personaje aparece en el foro un poco antes de acabar el parlamento Jesús.) ¡Y que lo digas, pero que muy fuerte! Y si no que vean quién aplaude á Galdós y á Dicenta en el teatro con más calor, los del cocido sin principio y los de las dos onzas de queso. ¡Esos! que son en donde se halla el verdadero sentir.

JESÚS ¿Usted por aquí señor, Macario?

MAC. El mismo que viste y calza, come, bebe y ataraza ¿qué hay?

LUCÍA ¡Cuánto me alegro que haya venido usted!

MAC ¿Hay alguna novedad?

LUCÍA Fernando que está empeñado en que su obra va á ser un fracaso.

MAC. ¿Fra... qué? Vamos, criatura, no seas pipi, y alegra esa cara, que paece que has jugao á la lotería, te ha caído y se te ha perdido el décimo.

FERN. ¡Qué buen humor tiene usted siempre, señor Macario!

MAC. No, que estaré como ustedes que paece talmente que se han caído dentro de un tintero, por lo negro que lo ven todo.

DOL. Señor Macario, no tanto.

MAC. Y usted la primera: que desde que á Nicasio se le enfrió el embudo de los gabis, está usted que paece un sauce. Hay que tener alegría. ¿No me ve usted á mí? Que no tengo trabajo: me tomo dos quinces. Que lo tengo; me tomo tres. Que estoy malo; cuatro quinces para ver si me alivio. Que la diña mi suegra.. una quinceña y na más, señor, y alegrándome una multitud de que á mis papás le hicieran en París este regalito.

FERN. No puede usted negar que es usted de Madrid.

MAC. ¡Ele y á mucha honra! Y bautizado en la

parroquia de las... en la parroquia de las... bueno, en la de esos insectos veraniegos... qué fino ¿eh?

LUCÍA ¡Qué cosas dice usted, señor Macario!

MAC. ¡Lo primerito que se me ocurre! Pero volviendo á nuestro asunto. ¿Decía Fernando que su obra no iba á gustar?

FERN. ¡Eso creo!

MAC. Bueno; pero tú al decir eso sin duda ignorabas que el señor Macario y demás amigos estaban invitados á ese acto.

FERN. ¿Y qué, señor Macario?

MAC. ¡Cómo y qué! Pues ná; que el primero que cocee, pues que ha hecho su suerte. Porque tú verás... empezar á piafar con los cascos y encontrarse en el gabinete de urgencia, todo puede ser uno. Yo ya sé que nosotros nos encontraremos luego en la *comi* del distrito del Congreso, pero me da igual, porque de todas maneras, desde que me quedé viudo no pernocto casi nunca en casa.

FERN. Pero, ¿y si tienen razón para gritar?

MAC. Es que como á mí me molesta el ruido, y como que al teatro no se va á graznar, sino á oir, de ahí que en cuanto alboroten los mamporros están indicados.

FERN. Pero, ¿y si no les gusta?

MAC. Si no les gusta, cuando se acabe coge cada uno su sombrero y cantando por lo bajibiris se ausenta uno y se toma los quinces en la tasca mas próxima, que será lo que haga yo.

LUCÍA Es usted delicioso, señor Macario.

JESÚS Es usted un tío.

MAC. Adiós, cuñado. Gracias nena; lo mismo me decía mi difunta antes de morirse.

JESÚS Pues si hay que arrear, cuente usted conmigo.

MAC. Estabas apuntao. Y no crean ustedes que sería esta la primera vez que me he encontrado en estos asuntos. Recuerdo siendo yo de la clac... Porque yo aquí, donde ustedes me ven, he pertenecido al cuerpo de alabarderos á las órdenes del señor Trillo una multitud de temporadas. Pues como decía,

siendo yo de la clac... ¡las bofetás que me he encontrao! No pueden sumarse. Hubo una época que salíamos á bronca por estreno; pero recuerdo una ¡la panocha!; empezaron las tortas en el segundo acto y al terminar el ensayo del día siguiente todavía se estaban repartiendo mamporros...

LUCÍA / FERN. ¡Señor Macario!

MAC. En la contaduría del teatro entre los autores y el empresario; no me han dejado ustedes acabar. ¿Tienes ahí mis localidades?

FERN. Ahí van.

MAC. ¿Cuántas me das?

FERN. Las que usted me encargó, veintiséis.

MAC. Veintiséis, sí; espera que repase... cuatro de Emeterio... dos para el Tripa y su hermano... tres para el Joroba... ocho para la reunión de casa Lumbreras... ocho para los del Centro Mamporrista... y tres para un servidor; están bien. Pues hasta luego, que me voy á repartirlas, y ya nos veremos por el teatro.

LUCÍA ¿Se va usted tan pronto? Si son las cinco y media nada más.

MAC. ¿Tú sabes lo que yo tengo que hacer todavía?... Entre recorrer seis ú siete establecimientos vinícolas para hacer boca y buscar á los amigos, cuando quiera recordar, las nueve...

FERN. Señor Macario... una cosa le voy á suplicar á usted: que se acuerde de mí.

MAC. Y eso, ¿qué quiere decir?

FERN. Que no se metan ustedes en discusiones; si la obra no gusta es porque es mala, no porque les parezca que lo es.

MAC. Tú no tengas cuidado. Nosotros no haremos más que ver, oir y aplaudir, porque en este asunto no se puede decir y callar. Si no chilla nadie, nosotros cadáveres; pero como haya algún protestante, á ese le convertimos á la religión católica, créeme á mí. Con que hasta luego.

JESÚS Yo me voy con usted, que tengo que ir á cenar y arreglarme un poco.

MAC. Pues ahueca. Lucía, hasta luego...

LUCÍA Señor Macario, haga usted lo que pueda porque la obra guste.

MAC. Ni media palabrita más. Señora Dolores, y tú, Lope de Vega, alegra esa cara, que parece un piporro. ¡Vamos, Jesús!

FERN. Hasta luego. (Vanse.)

ESCENA V

FERNANDO, LUCÍA y SEÑORA DOLORES

FERN. ¡Cuánto temo al señor Macario!

LUCÍA ¿Y por qué?

FERN. Porque con su buena fe puede perjudicarme.

DOL. Voy á encender luz y á prepararme para ir á entregar. (Entra en una habitación y al poco rato sale con un quinqué encendido.)

LUCÍA ¡Pobre Fernando! Me da pena verle así.

FERN. ¡Yo he debido retirar la obra! Cómo se ensañarán mañana los críticos con ella y con el jurado; más lo siento por él que por lo que puedan decir de mí.

DOL. (Saliendo con el quinqué.) ¡Buenas noches nos dé Dios! (Deja el quinqué encima de la mesa.) Vaya, voy á entregar estos bordados y vuelvo en seguida. Quiero estar aquí para cuando Fernando se vaya al teatro, no dejarte sola. ¡Hasta ahora!

LUCÍA ¡Adiós, madre!

FERN. ¡Vaya usted con Dios! (Vase la señora Dolores y hay una pequeña pausa.)

ESCENA VI

FERNANDO, LUCÍA, á poco DOÑA GENOVEVA, DON LEONARDO y CLARITA

LUCÍA No te atormentes más, Fernando. Ya verás cómo la obra gusta.

FERN. No lo creas, Lucía. ¡Hay seres que no vienen

á este mundo más que para sufrir! Y eso me sucede á mí; con la desgracia nací y con ella moriré.

LUCÍA (Pausa. Suena la campanilla.) ¿Han llamado?

FERN. Sí... voy...

LUCÍA Quita... no faltaba más. (Se levanta Lucía y va á abrir.) Sí, señoras, aquí es, pasen ustedes. (Entrando.) Fernando, estos señores que desean verte.

FERN. (Levantándose.)

CLAR. ¿Don Fernando de San José?

FERN. Servidor de ustedes. (Pausa.)

CLAR. Queríamos hablarle á solas.

LUCÍA Pensaba retirarme. (¡Qué grosera es esta señorita!) (Vase.)

FERN. Tomen ustedes asiento. (Se sientan.)

CLAR. ¿Es hermana de usted esa joven?

FERN. ¡No, señora!

CLAR. ¡Ah, vamos! ¿Su esposa acaso?

FERN. ¡Soy soltero!

LEON. Entonces, ya me figuro...

GEN. Sí; ya nos figuramos...

FERN. No; no se figuren ustedes nada. Esa señorita no es más que una señorita en toda la acepción de la palabra.

GEN. (Me parece algo zafio este hombre.)

LEON. (Eso estoy viendo.)

CLAR. He de empezar pidiéndole perdón, puesto que salvando las reglas de cortesía y sin tener el honor de conocerle, nos hemos tomado la libertad de molestarle, pero como el asunto que nos trae á esta casa es de un vital interés para usted, por eso nos hemos permitido el venir á verle.

FERN. Señorita, el que á su casa viene no necesita pedir perdón por haber entrado en ella. No siento más que la habitación sea demasiado humilde; yo quisiera poner á su disposición un gran palacio, pero la pobreza desgraciadamente no puede habitar en esos lugares.

GEN. (No se explica mal el mancebo, ¿verdad, Leonardo?)

LEON. (Lugares comunes, y nada más.)

CLAR. Gracias mil por la galantería, y vamos al

motivo de nuestra visita. Don Fernando, ¿qué precio pone usted por la obra que esta noche estrena en el Español, como al propio tiempo por la autorización para que la Jefatura Superior de Policía pueda suspender su representación?

FERN. ¡Suspender su representación!

GEN. / LEON. ¡Eso mismo!

FERN. Señores... Mi asombro es inmenso... ¿Qué puede motivar?... ¿Hay algún personaje público en mi obra á quien yo ponga en ridículo? ¿Ofendo yo á alguien? No acierto...

CLAR. Me explicaré. Una persona que conoce muy bien su obra, y usted me ha de perdonar que me reserve el nombre, ha asegurado con gran firmeza que su argumento y sus situaciones son fiel reflejo de un episodio acaecido en la vida íntima de una marquesa que en su juventud figuró mucho en todos los salones de la aristocracia madrileña.

FERN. ¡Dios mío!

CLAR. Y como en la actualidad existe ya retirada del gran mundo, y como esa obra pudiera evocar recuerdos ya olvidados que podrían turbar grandemente su bienestar y llevar una intranquilidad absoluta á su conciencia, esa señora nos envía aquí á manifestarle que está dispuesta, cueste lo que cueste, á comprar á usted su obra para hacerla suya, y de ese modo poder evitar su representación por *in eternum.*

FERN. ¿Es decir, que para tranquilidad de su conciencia y para no evocar recuerdos que pudieran turbar su bienestar no se le ha ocurrido otro medio á esa señora que comprarme mi comedia para hacerla desaparecer?

CLAR. ¡Justamente!

FERN. No creo ese el medio mejor.

LEON. ¿Y cuál hubiera usted empleado?

FERN. ¿Que cuál? Haberme llamado á su casa esa señora. Haber inquirido de mí si el asunto de mi obra era puramente fantasía ó inspi-

rado en algo real y positivo. Yo en el acto le hubiera contestado: «Señora, en mi comedia existen las dos fases: fantasía y realidad, porque si hay en ella algunas situaciones creadas por mí para el completo desarrollo del problema, en cambio el protagonista de mi obra existe, es verdaderamente desgraciado. Desgraciado, porque no conoce á los que le dieron el ser; desgraciado, porque no sabe lo que son las caricias de un padre ni las ternuras de una madre. Desgraciado, porque tendrá que abandonar este mundo sin haber podido estampar un beso en su frente; y si es verdad que el episodio de la vida de esa señora es un reflejo fiel del asunto de mi comedia; si es verdad que quiere tranquilizar su conciencia y asegurar su bienestar, tengo el pleno convencimiento que de nuestra entrevista hubieran resultado dos grandes obras: labrar la felicidad de un desgraciado cumpliendo con el sagrado deber de dar al protagonista de mi obra un nombre ilustre y una posición, y la reivindicación de esa señora ante los ojos de Dios y de los hombres, estrechando contra su corazón á lo que en un momento de locura arrojó á la calle. Así es como se consigue tener tranquilidad de conciencia, así es como se asegura su bienestar para toda la vida.

LEON. Eso es, suponiendo que todo eso sea lo que le haya ocurrido á la señora Marquesa en el asunto que aquí tratamos de ventilar. Además que esa señora está muy alta para descender á esas pequeñeces.

FERN. No lo estará mucho, cuando cree que esas pequeñeces pueden salpicarle á la cara y hacerla enrojecer de vergüenza.

CLAR. Don Fernando, aquí hemos venido á proponerle un negocio no á ultrajar una honra.

FERN. ¿Y qué más ultraje para la *mía* que proponerme una venta indigna y una suspensión vergonzosa?

CLAR. Es que con esa suspensión puede asegurarse un porvenir.

GEN. Y que con el estreno de su obra se juega usted una partida muy peligrosa.

LEON. Nuestra influencia es grande. Nosotros podemos mandar al teatro un crecido número de amigos que puedan hacer fracasar la obra.

CLAR. Y si eso ocurre lo perderá todo.

GEN. Y en su situación... el dinero es muy necesario.

FERN. Mucho más que el dinero vale la dignidad.

LEON. Con la dignidad no se vive... con el dinero sí.

CLAR. ¿Conque usted decidirá?

FERN. Estoy decidido. Ni vendo mi obra ni la venderé jamás. Pues si hiciera tal, sería ponerle precio á mi corazón y hasta ahora no sé el valor que tiene.

CLAR. ¡Nosotros lo tasaríamos!

GEN. ¡Hemos comprado tantos!

FERN. Si todos pensaran como yo, ni ellos los venderían ni ustedes podrían lucrarse con su venta.

CLAR. (Levantándose todos.) ¡Don Fernando!

FERN. Lucrarse, sí, no me vuelvo atrás. Porque ustedes, encubiertos con su lujo y con su falsa protección, perturban la paz y la tranquilidad de los necesitados, revelándoles secretos que poco á poco extinguen su vida por el sufrimiento y mueren sin averiguar la verdadera causa de su desgracia. ¡Bien emplean ustedes su dinero!

CLAR. Permítame que le diga, Fernando, que con ese modo de pensar no llegará nunca al fin que se propone, antes al contrario se creará muchos enemigos.

LEON. ¡Muchos!

FERN. ¡Y qué me importan los enemigos! Por muchos que sean, no vencerán nunca á mi verdadero amigo, al pueblo que sufre y calla y cuya voz es la más poderosa de la tierra, pues es la voz de Dios.

CLAR. ¿De manera que no acepta mi ofrecimiento?

FERN. No lo acepto ni lo aceptaré.

CLAR. ¿Esa es su última determinación?
FERN. Esa es.
CLAR. De lo que luego resulte no eche la culpa á nadie más que á usted.
GEN. Nosotros veníamos á ofrecerle la paz.
LEON. Y usted acepta solo la guerra.
FERN. Es lo único que puedo aceptar en este caso.
CLAR. Beso á usted la mano.
FERN. A los pies de usted.
LEON. (Ya te dije que me pareció un zafío.)
GEN. (Ya lo he visto.)
CLAR. (¡Qué lástima de hombre tan simpático y con esas ideas!)

ESCENA VII

FERNANDO á poco LUCÍA. Luego la SEÑORA DOLORES

Tan pronto como desaparecen Clarita, Genoveva y don Leonardo, Fernando vuelve á sentarse en donde estaba al comenzar la escena; después de una pausa aparece Lucía en la puerta por donde hizo mutis

FERN. ¡Querer comprar mi obra! ¡Cuánta maldad encierra dentro del corazón esta gente!
LUCÍA ¡Fernando!
FERN. ¡Lucía!
LUCÍA (Acercándose á Fernando.) ¿Te sientes malo?
FERN. ¡No! (Pausa.) Pero necesito ver á esa señora, necesito hablarla. ¿Pero cómo?... ¿por qué medios?
LUCÍA ¡Qué pena me da verle así! Y esa gente por lo visto ha venido á acabar de entristecerle.
FERN. ¿Lucía?
LUCIA ¿Qué querías, Fernando?
FERN. Las mujeres buenas sois unas grandes consejeras. Ven... siéntate aquí á mi lado. (Coge la silla en que estuvo sentada Clarita y ve el bolso que se ha dejado olvidado, también es casualidad; pero para la marcha de la comedia no hay más remedio que apelar á este recurso.)

LUCÍA ¡Uy! Esa señorita se ha dejado aquí olvidado este bolso.

FERN. El bolso. Trae, trae; aquí dentro puede que halle lo que deseo.

LUCÍA (Le da el bolso.) ¿El qué?

FERN. (Empieza á buscar.) ¡Un pañuelo! ¡Monedas! ¡Un tarjetero! ¡Tarjetas! Sí, esto es lo que buscaba... Clarita Aznar, condesa de Arocena. ¡Ah! esto, con esto me basta. Yo encontraré lo demás. (Se levanta y coge el sombrero.)

LUCÍA Pero, Fernando...

FERN. ¿Has visto esa gente que acaba de salir?

LUCÍA Sí

FERN. Pues por esa gente sabré donde puedo encontrar á mi madre.

LUCÍA ¿Tu madre?

FERN. Mi madre, sí, me lo da el corazón.

LUCÍA ¿Pero, Fernando, te has vuelto loco?

FERN. Adiós, Lucía.

(Sale precipitadamente Fernando y al mismo tiempo entra la señora Dolores.)

DOL. ¡Qué barbaridad! ¿Pero á dónde va Fernando tan corriendo que ni caso me ha hecho?

LUCÍA ¿Que á dónde? (Medio llorando.) En busca de su madre.

DOL. ¿De su madre?

LUCÍA De su madre, sí; eso ha dicho.

DOL. ¿Y por eso lloras?

LUCÍA Lloro, porque si él encuentra á su madre nosotras habremos perdido su cariño. (Cae llorando en los brazos de la señora Dolores. Telón rápido.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

Se suplica á la dirección de escena haga el intermedio de este cuadro al siguiente lo más corto posible.

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del cuadro primero. No hay más variación en la escena que la mesa que en el primer cuadro aparece sin vestir está vestida para comer tres personas. El servicio es modestísimo pero muy limpio.

ESCENA PRIMERA

SEÑORA DOLORES y LUCÍA. Aparecen sentadas cada una en cada extremo del escenario. Después de levantarse el telón se oye dar las diez en un reloj de pared que se supone está en una habitación inmediata

DOL. Las diez.

LUCÍA Las diez y sin volver. ¿Qué le habrá podido pasar, Dios mío?

DOL. Nada.

LUCÍA Como salió de aquella manera sin mirar casi ni por donde iba.

DOL. Dímelo á mí, que por poco me deja de caer.

LUCÍA Aquella visita debió decirle algo que le trastornó el cerebro.

DOL. ¿Y tú no oiste nada?

LUCÍA Ya le he dicho que no, madre.

DOL. Tonta. Si llego yo á estar aquí, cualquier día se me van sin haberlo oído todo.

LUCÍA Yo no lo hice por dos razones: Primera, porque no se debe escuchar nada que á una no le importe.

DOL. De seguro que eres la única mujer del mundo que piensa así.

LUCÍA Y segunda, porque sin conocer el motivo me daba miedo lo que aquella gente iba á decir.

DOL. Más en mi abono para haberte enterado.

LUCÍA Así es que tengo una intranquilidad, una zozobra...

DOL. Pues no te apures, porque si dan las once y no ha vuelto Fernando, cojo el mantón y ya

estoy andando todo Madrid hasta dar con él. Después de todo ya estoy acostumbrada. ¡Las veces que he hecho eso mismo para buscar á tu padre! Sobre todo la noche que había mitin y hablaba Soriano y el compañero Iglesias.

LUCÍA (Levantándose y yendo hacia la puerta del foro.) Calle usted, madre. Me parece... (Escuchando.) Sí, él es. Fernando. (Vase foro figurando va á abrir la puerta. Aparece Fernando y sin decir palabra se dirige á la silla que ocupaba Lucía al empezar el acto. Se sienta y después de una pausa, dice.)

ESCENA II

SEÑORA DOLORES, LUCÍA y FERNANDO

FERN. (Con mucha melancolía y casi llorando.) ¡Salid, lágrimas mías, salid! ¡Aquí que no os ve nadie, aquí que no servireis de mofa ni de burla á aquellos seres que siquiera supieron aprender á llorar!

LUCÍA / DOL. } (Yendo hacia Fernando.) ¡Fernando!

FERN. ¡Lucía!

LUCÍA ¿Qué te pasa?

DOL. ¿Te ha ocurrido algo grave?

FERN. Todo os lo contaré; todo. Pero dejar que se tranquilice mi corazón. Es tanto lo que ha sufrido en tan corto espacio de tiempo, que creo no podrá resistirlo.

DOL. Vamos, tranquilízate.

LUCÍA ¿Quieres que te haga una taza de té? ¿Un poco de tila?

FERN. No, Lucía. Lo único que reclamo de vosotras es que no os separeis de mí; quiero teneros cerca, muy cerca. Me creo tan solo, que me parece que también huís de mí, que tratais de abandonarme.

LUCÍA ¡Abandonarte nosotras!

DOL. Este chico no está bueno. Si no le hubiera criado y le conociera como le conozco, pensaría que venía bebido.

LUCÍA ¿Y por qué dices eso, Fernando?

FERN. ¿Que por qué? Escúchame, Lucía, y usted, señora Dolores. Consecuencia de la escena que acababa de tener lugar y que dió por resultado despertar en mi alma una duda tremenda, que yo necesitaba aclarar á toda costa, salí de aquí ciego, loco, con el inquebrantable propósito de buscar á aquella marquesa que, por voluntad propia, ó mal aconsejada quizás, demostraba tanto interés en ofrecerme un pacto que yo jamás habría de aceptar y para lo cual me mandaba á aquellos trés heraldos con su proposición.

LUCÍA ¿Y qué venían á proponerte?

FERN. La venta de mi obra y la autorización para suspenderla.

LUCÍA ¿Y eso por qué?

FERN. No lo sé. Por eso necesitaba ver á aquella señora, hacerla descifrar aquel misterio. Dispuesto á todo y con las señas de la tarjeta encontrada aquí en el bolso olvidado, me dirigí á la casa. Era un magnífico hòtel de construcción modernista; por sus ventales de jaspeados vidrios se veían las luces del interior. Su aspecto era fantástico. Parecía á mi vista como si tirada desde el firmamento una mantilla de las de blanca blonda, hubiera venido á caer sobre varios rollos de papel de talco de diversos colores. Cuando estuve en la puerta sentí un estremecimiento como si todos los músculos de mi cuerpo se hubieran paralizado de repente.

LUCÍA Y no te atreviste á llamar.

FERN. No, porque en aquel momento paró un automóvil y de él bajaron los señores que momentos antes habían estado aquí.

LUCÍA ¿Te reconocieron?

FERN. Sin duda alguna; pues al verme, una sonrisa de maldad y de triunfo contrajo sus facciones. Quise hablar, pero la condesita me atajó diciéndome:—Ya sé qué hace usted aquí. Viene á traerme el bolso que me dejé olvidado, ¿verdad?

DOL. Claro, como que se lo dejarían con intención.

LUCÍA Sigue, Fernando. No le interrumpa usted, madre.

FERN. A eso vengo y á tratar con ustedes, dije. Entonces pasé. Entramos en el jardín. Ascendimos por una magnífica escalera donde el arte y el buen gusto hacían ostentación. Yo al ver aquello, al contemplar tanta riqueza, no pude menos de exclamar: ¡Dios mío! ¡Tanto aquí dentro y allá fuera tan poco! Llegamos á un rellano y en él volvió á decirme la condesa:—¿Supongo que el contrato de venta y la orden de suspensión le acompañarán á usted?—Sí, señorita. Pero una condición he de imponer. Ser yo el que los deposite en manos de la señora marquesa. Una mirada de inteligencia se cruzó entre los tres.

DOL. Como que esa gente se entiende por señas.

FERN. Marchose el caballero y no habían transcurrido dos minutos cuando un criado anunció que la señora me esperaba. Momento decisivo era aquel para mí. ¡Iba á encontrarme frente á frente con la que tal vez sabía la historia de mi nacimiento! ¡Con la que quizás conocía á mi madre! En un gabinete y recostada en un diván se hallaba la marquesa. ¡Hermosa mujer debió haber sido! Pero en su rostro se dibujaban las huellas de una juventud poco tranquila y en su cabeza empezaban á ondear las insignias de la vejez.—¿Es usted el autor de la obra á quien por encargo mío han visitado para...? —Yo soy, señora. Y la obra de la cual tiene usted noticias, es mi vida. Abandonado por mis padres, recogido por compasión y criado por caridad, con mi obra no persigo más fin que ver si encuentro á los que me dieron el ser. No para recriminarles ni para pedirles cuenta de su acción, no. ¡Tan solo deseo obtener de ellos una caricia, un beso y una lágrima! ¡Ya ve usted qué poco! ¡Por eso trabajé con tanto ahinco! Por eso hice mi drama. Por eso estoy aquí.

LUCÍA Y la señora se compadecería de tu gran corazón, ¿verdad, Fernando?

FERN. Me contestó: «¿Usted cree que por su obra tal vez descubra á su madre y ella se dará á conocer?» Si mi madre fué madre por amor, casi lo afirmo; si por vicio lo fué no lo aseguro. «Se es madre por amor, por vicio nunca»; replicó la marquesa. Pues si fué por amor, me buscará. ¿Cómo no desear el darme un beso? Si usted fué madre, señora, lo comprenderá. ¡No se pueden olvidar de un hijo sus sonrisas, pues con ellas se ríe! ¡No se pueden olvidar sus lágrimas, pues con ellas se llora! ¡Olvidar no se pueden sus caricias, pues de ellas se vive! ¡No se pueden olvidar sus ayes, pues con ellos se muere! Una carcajada lanzada por la condesita me interrumpió. «Veo que es usted autor dramático—decía al mismo tiempo que reía.—Pinta muy bien. Pero aquí lo que buscamos es menos poesía y más realismo. Entréguenos esos documentos y nada más. Si quiere encontrar á sus padres búsquelos en la calle, que es seguramente donde los hallará.» Quizás aquí los encontraría antes, dije enrojecido por la vergüenza. No todos los hijos que se olvidan son hijos de la gente de la calle.

DOL. Bien dicho. ¡Bendito seas, hijo mío!

FERN. Un sonido de timbre y la presencia de un criado terminó la entrevista. «Narciso, acompañe á la calle á este pobre hombre.» Aquellas frases me causaron tal impresión, que mis ojos se llenaron de lágrimas, y sin que las pudiera contener empezaron á rodar por mis mejillas. Corrí calles y calles sin dirección ni rumbo. Llorando y hablando solo hubiera estado toda la noche, si Luisita, con su voz angelical, no me hubiera dicho: «Señor Fernando, ¿qué hace ahí parado con el frío que hace? Suba usted, que su madre le está esperando.» ¡Mi madre! ¡Pobre criatura! ¡Ignoraba que mi madre me había abandonado para no ver mis lágrimas y para no aburrirse con mi dolor!

DOL. ¡Aquella madre sí te abandonó, Fernando; pero yo no!

FERN. ¡Señora Dolores! (Se abrazan y quedan llorando.)

LUCÍA ¡Malditas las mujeres que son madres no mereciendo serlo!

ESCENA III

DICHOS, SEÑOR MACARIO y JESÚS

Un fuerte campanillazo interrumpe el idllio

LUCÍA ¿Quién llamará así? (Vase puerta foro y á poco se oyen las voces de Macario y Jesús. El primero viene un poco alegre, pero sin exageración.)

JESÚS ¿En dónde está ese perdío?

MAC. ¿Dónde se encuentra ese granuja? Dame docena y media de abrazos y otra ídem de besos. (Le abraza.)

FERN. ¡Señor Macario!

MAC. ¡Y tú, Lucía, y usted, señora Dolores! (Abrazándolas.)

DOL. Pero, señor Macario, ¿qué hace usted?

MAC. ¿Pero es que se va usted á poner tonta? Si Nicasio no se pué enfadar. (Intenta abrazarla otra vez y la señorá Dolores le detiene.)

LUCÍA ¿Qué significa esto?

JESÚS ¡Chico! ¡Qué exito!

MAC. De P P y doble de *Mau.*

FERN. ¿Ha gustado mi obra?

JESÚS ¿Qué gustado? ¡Arrebatado! Verás...

MAC. Permite, que estoy en el uso de la palabra. Ha gustado más que si la hubiera escrito yo, y eso que había su miajita de todo, no creas; pero como si no. Antes de levantarse la cortina ya observé yo por los pasillos la mar de socios con unos garrotes de bastante calibre á lo cual argumenté:—Siento que los hayan traído tan gruesos, porque les va á doler más.—En estas y las otras empieza la función. En el asiento de mi costado derecho tomó posesión un pollo que tenía menos nariz que mangas un chaleco, el cual

metió dos ó tres veces los casquitos... pero le dije una cosa al oído que no sé si me entendería... y, la tumba fría. Otro señor ya maduro que estaba en las butacas, á plomo de mi asiento, á cada efecto que resultaba, su miaja de bastón. Ya una vez no me pude contener y, sacando la cabeza por la barandilla de la delantera, le dije... Chis... pollo... ojo, que bajo... Se acabó el acto, bajó el telón, y sus palmas tibias. Pero empieza el segundo, y lo mismo fué ver que el galán empezó á arrear por derecho contra toda aquella gentuza que no le dejaba que viera á su madre... ¡La panocha!... ¡Con decirte que al pollo de mi derecha le nació la nariz! ¡Hubo quien aplaudió hasta dándose de bofetás! Te llamaron á escena...

JESÚS Diecisiete veces.

MAC. Perdona. Dieciocho Las sumé yo. Y de dar gritos me quedé sin timbre. Y tú aquí hecho un longa y, como las cotorronas, al brasero. ¡Miá si mi alma lo sabe! Vengo y te llevo de los cabezones.

DOL. ¿Con que ha sido un éxito tan grande?

JESÚS ¡Fenomenal!

LUCÍA ¡Gracias, Virgen de la Paloma, gracias!

MAC. ¿A quién has dao las gracias?

LUCÍA A la Virgen.

MAC. A... la... bueno; y á mí, larán, larán.

LUCÍA Y á usted también, señor Macario, á usted también.

MAC. (Reparando en Fernando.) Pero miá Calderón cómo está. ¿Pero no te alegras?

FERN. No puedo, señor Macario, no puedo.

MAC. Pues sí que nos ha hecho la ensalada. Y pa esto me he despellejao yo las extremidades superiores.

FERN. Yo se lo agradezco en lo que vale, señor Macario, pero...

(Suena dentro la campanilla.)

DOL. ¿Quién llamará á estas horas?

MAC. Alguno del público que te quiere conocer.

LUCÍA (Que ha ido á abrir, sale.) El caballero que estuvo aquí esta tarde.

FERN. ¿Y qué quiere?
LUCÍA Dice que hablarte.
FERN. Que pase.
(Vase Lucía; á poco vuelve á salir seguida de don Leonardo.)

ESCENA IV

DICHOS y DON LEONARDO

LEON. Don Fernando.
MAC. (¡El de las butacas! ¡Te la has buscao!) Se dice buenas noches.
FERN. (Señor Macario.)
MAC. Me da la gana. Más valiera que tuviese menos gabán y más colegio.
(Han formado tres grupos: Fernando y don Leonardo en primer término; Lucía y la señora Dolores detrás, un poco separadas del primero, y Jesús y el señor Macario al otro lado.)
FERN. ¡Imposible! Dígale á la señora marquesa que no.
LEON. Es que en vista del éxito precisa darle á usted la señora marquesa la enhorabuena y decirle...
FERN. ¡Lo siento mucho! Pero ni mi madre ni mi esposa me dejarían salir en una noche como la de hoy.
LEON. (¡Su madre!)
DOL. (¿Qué dice?)
LUCÍA (¿Su esposa?)
LEON. Es que traigo orden...
FERN. Si me llamara el cariño en aquella casa no me haría esperar; como es un egoísmo de clase el que me reclama, no voy. Es cuanto tengo que decirle á usted. ¡Madre! acompañe á este caballero hasta la puerta.
(Fernando se va á reunir con Lucía. La señora Dolores enciende una vela y se dispone á acompañar á Leonardo. Al irse á retirar Leonardo se interpone el señor Macario.)
MAC. Oiga; si le es lo mismo á la marquesa que vaya yo...

LEON. ¿Cómo?

MAC. Le advierto á usted que soy viudo.

LEON. ¡Grosero! (Vase seguido de la señora Dolores.)

MAC. ¡Ha dicho grosero!... Vaya... voy á acompañarle á bajar la escalera; con las ganitas que tenía yo de coger á uno de estos en mi calle.

JESÚS Voy yo también, no vaya á hacer el señor Macario alguna de las suyas. (Vanse.)

ESCENA ULTIMA

FERNANDO y LUCÍA. Al final la SEÑORA DOLORES

LUCÍA (Con gran emoción.) ¿Yo tu mujer?

FERN. Mi mujer, sí. Necesito un cariño grande, un cariño santo. El que me ha faltado toda mi vida, y ese sólo en ti lo puedo encontrar.

LUCÍA (¡Fernando!)

FERN. ¡Gloria! ¡Amor! ¡Dios mío! ¿Por qué mi felicidad no había de ser completa?

LUCÍA Porque nunca puede existir completa la felicidad. Para que así sucediera tendría que desaparecer la desgracia, y la desgracia y la felicidad van tan unidas como el placer al dolor, como la sombra al cuerpo.

FERN. Por eso quiero unir nuestro cariño, para defendernos de esa fatalidad.

LUCÍA ¡Pues si en mi cariño estriba tu alegría, tu bienestar y tu dicha, yo te juro que vas á ser el más feliz de los hombres!
(Aparece en la puerta la señora Dolores.)

FERN. ¡Lucía!

LUCÍA ¡Fernando! (Se quedan abrazados.)
(Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Precio: UNA peseta